



La Venganza

Fernando Aser, Com. '31.

EN una noche fría, oscura, y sin estrellas, el ejército francés libraba una terrible batalla contra la ofensiva germana, en la región de Meuse-Argonne. Aquella soldadesca, embrutecida por los horrores de la guerra, luchaba entre sí, sembrando cruel y sanguinariamente la muerte y la desolación. El retumbar de los cañones, el continuo zumbido de los aeroplanos de combate, las descargas de fusilería, los gritos salvajes de los soldados entremezclados con los ayes lastimeros de los heridos, prestaban al ambiente un aire de terror. Aquellos hombres, lejos de sus seres queridos, se enzarzaban en una lucha homicida y sacrificaban sus vidas en aras de la patria.

El teniente Rochambeau, del ejército francés, á la cabeza de un grupo de valientes, cruzaba la línea de fuego con el objeto de tomar por asalto un sitio estratégico. Las balas del enemigo pasaban casi rozando las cabezas de aquellos valientes, mientras que éstos, impertérritos aún hasta en los momentos mas críticos, cabalgaban con una serenidad espasmódica sin importarles nada las graves consecuencias que pudiera traerles una emboscada. De pronto, una detonación seguida de un grito de dolor, repercutió por el espacio. Uno de aquellos soldados, bañado en su propia sangre, yacía en el suelo moribundo víctima de una bala. El teniente Rochambeau, observando el sitio de donde pa-

recía provenir el tiro, distinguió una silueta que se escurría por entre unas malezas. Rápido como una flecha se avalanzó sobre el desconocido, y antes que éste se diera cuenta, le disparó dos tiros á boca de jarro. A la luz de una linterna eléctrica, pudo distinguir claramente las bastas facciones de un alemán herido á muerte. "Desgraciado!" le dijo Rochambeau en alemán, "estás en camino del infierno, y allí es donde has de pagar duramente tus crímenes." "Lo sé," murmuró á duras penas el alemán, "mas antes de dejar este mundo desearía pedirte un favor." Al teniente le sorprendieron mucho aquellas palabras. ¿Quién era aquel intruso que se atrevía á pedir favores, habiendo sido poco antes el causante de una baja? Mas algo había en el herido que inspiraba confianza. "¡Sea!" contestó Rochambeau, "Mas sé breve." El herido difícilmente incorporándose, y con el rostro pálido como la cera, le dijo: "Lejos, muy lejos de aquí, tengo á una madre que ignora en estos momentos mi suerte. Cuando me despedí de ella hace dos meses, algo me decía en el corazón que aquella iba á ser la última vez que la vería, y ya ves como esto se ha cumplido. En vano esperará mi regreso. Aquí tengo una medalla que ella misma me dió poco antes de mi partida y quiero que me prometas bajo palabra de honor que la has de guardar hasta que llégue la ocasión en que puedas entregarla á mi madre

por parte de la secretaría de guerra, y sepa ella que la he tenido presente en mis últimos instantes," y besando efusivamente la medalla y sollozando como un niño, se la dió á Rochambeau que prometió cumplir la promesa. Al poco rato, el alemán exhalaba el último suspiro. El teniente Rochambeau mudo ante tal escena, y con lágrimas en los ojos, abrazó aquel cuerpo inerte y levantando los ojos al cielo en actitud suplicante, exclamó, "Dios mío; que seamos nosotros mismos los que causamos estas penas á nuestras madres!"

Era un día del mes de Noviembre, cuando las tropas francesas entraban victoriosas en la ciudad de Sedan. Después de dos continuas semanas de combate, habían logrado cortar la principal línea de comunicaciones que suministraba al enemigo municiones, y alcanzaban el triunfo más brillante. Por las calles de la población se paseaban grupos de soldados entonando alegres canciones al son de las guitarras. Todo era bullicio y alegría. El teniente Rochambeau, con varios de sus amigos, participaba de aquel gozo, cantando y bebiendo alegremente en una pequeña posada regentada por una mujer. Esta que no era otra que una espía alemana, se desvivía por agasajar, tanto

al teniente como á los demás soldados, tratando á toda costa de conseguir alguna información útil. Sucedió que contando cada uno sus diferentes experiencias é impresiones en el campo de batalla, se le ocurrió al teniente Rochambeau contarles sobre la triste suerte que le cupo al alemán en los campos de Meuse-Argonne, enseñándoles al mismo tiempo la medalla que el mismo herido le había dado. Aquella mujer, que momentos antes había estado escuchándoles con fingido interés, examinó la medalla, y tan pronto como terminó el relato se acercó al teniente con el semblante pálido como el de la muerte, y con los ojos rojos como el fuego, y le preguntó "¿Para quién guardas la medalla?" "Para su madre," contestó Rochambeau, extrañado de ver su palidez de muerte. La mujer dió unos pasos con firmeza, y acercándose al teniente le dijo con ironía, "La has hallado personalmente. Yó soy su madre." Diciendo esto sacó un puñal que llevaba escondido y se echó sobre él, matándole en el acto. Una vez que hubo terminado su trágica obra, sumisamente se dejó arrestar mientras que teniendo á la vista el frio cadaver de su víctima exclamaba, "Hijo mío, tu muerte por fin ha sido vengada."



El Prisionero

Por Francisco Martín Sanchez

Aquí encerrado,
solo, indefenso.
¿Por qué lo pienso?
¡Qué loco afán!
Yo por batirme
diera la vida,
Patria, querida
dime. ¿Do están?

Feliz yo fuera
si estar pudiese,
donde sintiese
noble cañón:
Yo te vengara
mi fiel España,
quiero campaña,
no la prisión.

Fuera vendaje,
venga mi espada;
¡¡la sangre helada!!
¡Dime Señor!
¿Por qué me trazas
tan triste suerte,
si odio la muerte
ante el traidor?

Con mis pesares
nada adelanto;
mas sufro tanto
que odio el vivir:
Por fin se acercan,
llega guerrero,
que en lucha quiero
siempre morir.